

YUDO KARATE

ARTES **17**
MARCIALES

s 14.-
mên.
1400.

DEFENSA PERSONAL PARA DAMAS
CURSOS DE NUNCHAKU Y KUNG-FU



YUDO: NE WAZA
LANCES COMBINADOS
EL "METRO" DE KIUS

MONICA SPALVIERI:
LA SEÑORA CINTURON NEGRO



El mao geri de Mónica Spalvieri demuestra a las claras por qué no hay que subestimar.

LA SEÑORA

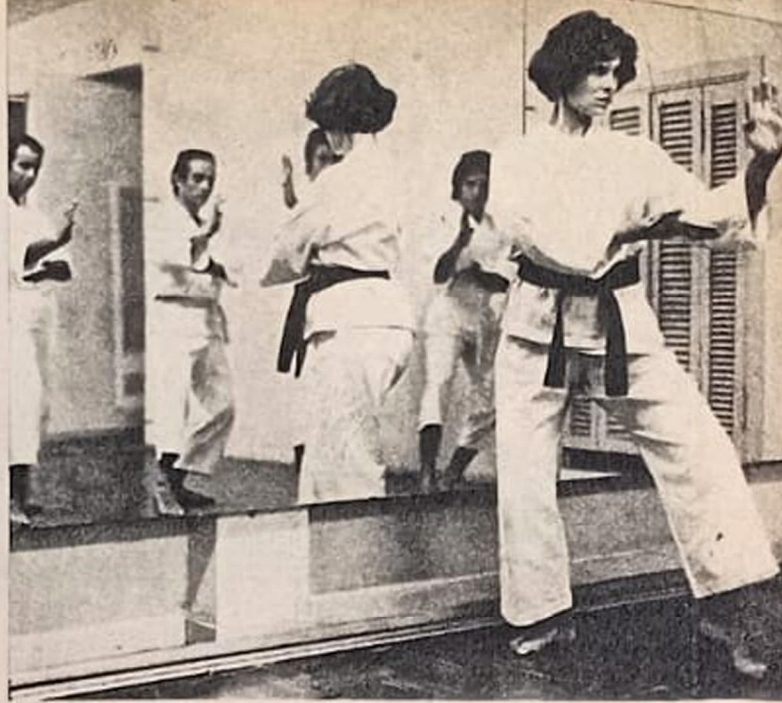
Unica en Sudamérica y una de las siete en el Mundo dentro de su escuela y categoría, no es precisamente lo que se puede denominar una responsabilidad fácil de llevar. Pero para Mónica Spalvieri de Larralde (23 años, 1º Dan de la Shorin Ryu Shidokan), ese complicado deber, tomado con alegría, firmeza y disciplina, se torna sencillo. Y es esa actitud la que Mónica deja traslucir permanentemente en el tatami. Un redactor de Yudo-Karate, Carlos Comitini, la entrevistó en el dojo del Instituto Mitsuba.

El advenimiento de Mónica Spalvieri al mundo del karate supera ya los cinco años. En enero de 1970 una joven de dieciocho años se aproximó a la academia existente, en ese entonces, en la Av. Córdoba entre Sulpacha y Esmeralda, y donde dictaba clases el profesor Jorge Brinkmann, con la intención de iniciar su derrotero hacia la filosofía oriental por el camino que le ofrecía ese arte marcial.

"Yo de karate no entendía nada —con-

CINTURON NEGRO





"Los hombres suelen ser displicentes, pero eso ocurre hasta que una les puede demostrar que en el dojo no hay diferencias"

Debido a su contextura física, como a la mayoría de las mujeres, le es mucho más fácil utilizar las piernas, que las manos.

CINTURON NEGRO

fiesa—. Llegué a él por una inquietud netamente filosófica. Quería conocer esa forma de vida tan integral que tienen los orientales y a su vez tan particular. De esta manera —continúa—, combinando con mis estudios de bioquímica, me pasaba varias horas, cuatro veces por semana, en el dojo. Así, con mucho esfuerzo y dedicación, al cabo de cuatro años y medio pude alcanzar la cinta negra".

Compañera desde sus primeros pasos de los karatecas Miyahiro, Mata, Boren y Green, esta joven primer Dan, de hablar apasible y gestos suaves, parece ignorar

el hecho de ser la karateca de más alta graduación (dentro de la Shidokan) de esta parte del continente, para sumarse en un pie de igualdad con la legión de colegas que se desempeñan en el país.

La presente entrevista se realizó en el instituto de Floresta, antes mencionado, una noche de mucho calor. En el dojo unos quince alumnos. Diez u once mayores y el resto menores. Este sensel con las uñas pintadas de color rojizo, se paseaba atentamente entre los sofocados aprendices. En un costado, pegado a varios makiwaras, colaboraba con la clase

un quinto kiu. Este es el esposo de Mónica, quien luego se sumaría a la charla con YUDO KARATE.

En el lugar lo único que se podía escuchar era el andar de un extractor de aire. De vez en cuando, los kiai de los karatecas, y en otras oportunidades la voz de Mónica enumerando o corrigiendo los ejercicios. En síntesis, una clase modelo en cuanto a disciplina. Y con respecto a esa faceta docente, la delicada y femenina cinturón negro dijo: "para una mujer resulta bastante complicado lograr esto. Los hombres suelen ser displicentes, pe-

(Continúa en la pág. siguiente)



拳
禪
一
如





La única forma de hacer valer la categoría que se ostenta, es haciendo valer lo que se sabe. Y creemos que Mónica lo logra.



La relación que mantiene con los alumnos es muy buena, a pesar de que al principio algunos ponían bastante resistencia.

(Viene de la página anterior)

ro eso ocurre hasta que una le puede demostrar que dentro del dojo hay muy pocas diferencias entre los karatecas. El asiático suele ser el que adopta esa actitud con mayor frecuencia. Son muy machistas, pero insisto en que la mayoría luego se adapta. A esta postura —aconsejó la instructora—, nosotras debemos responderle con voluntad y desinhibición. Lo último, porque gran culpa del machismo la tenemos nosotras”.

En cuanto a la existencia de un karate-do especialmente para ellas, opinó que “no existe uno para la mujer, y otro para el hombre. Eso es falso. Karate es uno solo. Lo que ocurre es que existen distintas diferencias físicas que son fundamentales entre ambos sexos. Pero en ningún caso hacen la necesidad de un karate “especializado”. En el caso suyo, explicó por ejemplo, que debido a su textura —brazos largos y finos— al utilizar las manos se le hacía más difícil focalizar un zuki. En cambio le resulta más fácil aplicar un mawashi geri, cosa que viéndoselo hacer no ofrece duda alguna

pues posee buena forma, velocidad y fuerza. En concreto, las piernas suelen ser mejor herramientas que las manos, claro está hablando de la karateca.

Conversando acerca de sus posibilidades técnicas, confesó que lo que mejor hace son los katas, especialmente el cuarto —dentro de su escuela—, y que no practica kumite —con los alumnos—, salvo con su par Roberto Miyaghiro”. Este hecho, por supuesto motivó a que se le preguntara el porqué de esa actitud, a lo que Mónica respondió: “si el alumno es cinturón blanco, o un kiu bajo, el machismo que tienen es muy elevado. Por lo tanto casi nunca trabajan correctamente. No quieren, o no se animan ni a marcar un golpe, siquiera. Otros, asumen la postura “de qué me puede enseñar una mujer”. Por otra parte, tampoco con mi marido hago kumite por igual motivo”.

Evitar, o no poder realizar, kumite aunque sólo sea como forma de entrenamiento, puede ser perjudicial para el karateca, pues no tendrá posibilidad de evolucionar o aplicar nuevas técnicas. Es decir, se ha de estancar. En la dinámica de la conversación, la cinturón negro lo entendió también de esa manera, y aceptó que en caso de persistir podría llegar a ser contraproducente para su carrera.

Cambiando de tema, se arribó al de la publicidad que en estos momentos tienen las artes marciales. Especialmente el karate-do y el kung-fu. “Yo creo que es nociva —dijo a YUDO KARATE—, pues sólo da una imagen: que es todo violencia. Se está enseñando a la gente que con sólo aprender karate, uno va a matar a todos los que se le antoje, y eso es una mentira”.

“Creo —sugirió— que hay métodos para superar esos errores. Uno de ellos es

enseñándole karate a los niños para que vayan aprendiendo desde corta edad que las artes marciales son un medio para lograr una forma de vida, que no es la que le dan por televisión, y no un fin en sí mismo. En ese sentido en el Instituto donde enseño se está por realizar una experiencia de esa naturaleza, introduciendo la enseñanza de karate para chicos. No estoy de acuerdo con la actitud de algunos gobernantes de querer limitar la práctica de las artes marciales”.

Mientras el reportaje continuaba haciéndose en el primer piso del coqueto gimnasio, la primer y única cinturón negro de sudamérica habló sobre el karate en la Argentina. Opinó “que en general es bueno, a pesar de que en estos momentos han aparecido un montón de primero y segundo danes que nadie sabe quién les pudo haber otorgado la categoría y la habilitación para enseñar. Este es uno de los asuntos con los que hay que terminar, pero va a seguir sucediendo mientras las escuelas y federaciones se encuentren separadas. Me puede decir, ¿para qué dos Federaciones de Karate-Do?”.

A esta altura de la nota el marido de Mónica se acopló al encuentro, y la primer pregunta: ¿Cómo es su esposa?

“Bueno —dijo G. H. Larralde—, yo la conocí a ella cuando ya practicaba karate. Era y es muy femenina. Nunca dejó de serlo. El cinturón negro no cambió su vida de ninguna manera”.

Y fue llegando la hora en que la casi silenciosa instructora debía cambiar el karategui por una vestimenta mucho más occidental; instante en el que respondió de manera sencilla y casi con miedo “claro, con mis manos puedo matar, pero no creo que llegue a hacerlo”.

